



DEVOCIÓN TIERNA A LA SANTÍSIMA VIRGEN de SAN LUIS MARÍA DE MONTFORT

Extracto del punto 3º de la conferencia del Hno. Faustino Besa Gil, s.g.m. en la Festividad del Santo, en la Capilla de Ntra. Sra. de la Victoria, de Barcelona, el 2 de mayo del 2012.

3.-Devoción tierna a la Santísima Virgen:

“Una vez descubiertas y condenadas las falsas devociones a la Santísima Virgen, es menester establecer en pocas palabras la verdadera, que es: 1º, interior; 2º, *tierna*; 3º, santa; 4º, constante; 5º, *desinteresada*”. (V.D. 105)

Quería detenerme en esta característica: *tierna*. Dicha nota distintiva está descrita por Montfort así: *llena de confianza en la Santísima Virgen, como la de un niño con su buena madre*. Luego usa una serie de conceptos y contraposiciones: recurrir, sencillez, confianza y ternura, implorar ayuda de su buena Madre, en todo tiempo, lugar y cosas, dudas-ilustración, extravíos-enderezamiento, tentaciones-protección, debilidades-fortaleza, caídas-levantamiento, abatimientos-animación, escrúpulos-liberación, cruces, trabajos y contrariedades-consolación, todo mal del cuerpo y del espíritu-recurso ordinario. Y concluye diciendo que *no se importuna a esta buena Madre ni se desagrade a Jesucristo*. Aquí San Luis, cuyo recurso imaginativo es notable, pone en juego todo un abanico de situaciones humanas negativas y nos presenta la antítesis positiva en María.

Al desear hacer hincapié en esta nota, pensé enseguida en asociarla a la *infancia espiritual* y así enfocarla e integrarla como ascesis a nuestro alcance dada su cercana analogía familiar.

“Humildad, sencillez, abandono, son las virtudes propias del esclavo de amor. Un secreto de vida filial, vida de infancia, se oculta en la connotación gozosa y afectuosa que reviste el profundo y perfecto desapego que Luis Grignion vivió. Ha descrito el camino de la esclavitud como *abandono del niño en la madre que lo lleva en su seno*. Recogiendo el máximo contenido religioso de la espiritualidad de la Escuela Francesa -la total y perfecta consagración de sí mismo, en unión con el único Adorador, el Cristo del consummatum est-, *lo anima, lo penetra con el espíritu de ternura filial y de caridad inmensamente afectiva*, abriendo el acceso al núcleo de la realidad bautismal mediante un 'camino dulce y tranquilo', *auténtico* -aunque singular-*camino de infancia espiritual*. Esta operación delicadísima le fue sugerida -dentro de su personal 'forma de gracia' -al mismo tiempo por la plenitud y maduración de su meditación sobre María y por la devoradora y divinizante ternura que ha logrado de Su misterio”. Escribe tan acertadamente Benedetta Papisogli.

Nuestra vida cristiana es esencialmente misterio de filiación. Es al mismo tiempo misterio de filiación divina y mariana. La dimensión mariana de la vida cristiana no es accidental ni aspecto secundario o accesorio al cristianismo, sino la forma histórica que reviste nuestra filiación divina. Los cristianos somos hijos de Dios e hijos de María y debemos, por lo mismo, *vivir en espíritu filial y en actitud de infancia hacia Dios Padre y hacia la Santísima Virgen, nuestra Madre*. Para nosotros la manera concreta, histórica y práctica de vivir la infancia espiritual con respecto al Padre es vivirla con respecto a María.

Si queremos ser cristianos debemos ser marianos porque el mismo Cristo históricamente fue mariano. No se trata de 'barnizar' de marianismo nuestra vida sino de vivirla toda ella desde María o -como dice San Luis- *por María, con María, en María y para María*. O si preferimos, *desde Jesús y en Jesús*, reproduciendo vitalmente en nosotros la actitud filial, el amor, la confianza, el abandono, la dependencia, ¡el misterio de infancia! de Jesús para con su Padre del cielo y para con su Madre de la tierra.

Se trata en definitiva, de que el Espíritu Santo, mediante la acción maternal de María, nos vaya configurando interiormente con Jesús, *hasta que llegemos a ser Jesús para el Padre y Jesús para María*.

Alguien ha dicho: “Sólo en la medida en que nuestra vida entera sea filial, será verdaderamente cristiana. El espíritu filial no es propiamente una virtud, sino el estilo con que debemos practicar las virtudes”.

El P. de Montfort suspiraba día y noche implorando el don de la Sabiduría, la identificación con Cristo encamado y crucificado; así mismo pedía a diario mantenerse en esa sencillez de niño para acoger la Palabra de Dios y hacerla alimento cotidiano. Se identificaba con el salmista: “Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no -pretendo grandezas que superan mi capacidad; sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre”. (Sal 130)

Su devoción a María crecía en ternura de día en día, imitando las actitudes de la humilde esclava del Señor. Practicaba la sencillez de espíritu de quien se abaja porque se considera el último. Aprendía el estilo de vida que se desprende de las palabras del Maestro: Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo: “En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, *el que se haga pequeño* como este niño, ése es el más grande en el reino de los cielos”. (Mt 18, 2-4)

Las actitudes de Montfort, que conformaban una manera de actuar tan evangélica, eran de una pureza de intención exquisita. Su modo de obrar apostólico atraía los corazones más endurecidos, los enternecía al transmitirles la dulzura que él mismo recibía del corazón de María en aquellos diálogos inefables de que algunos fueron testigos. Tierna devoción a María no se compagina, en absoluto, con debilidad ni con sensiblería pueril, sino que es fortaleza en las más duras pruebas, reciedumbre de espíritu, adhesión firme en medio de sequedades persistentes... Este apóstol de María nos impulsa a revisar a fondo nuestro proceder hacia cuantos nos rodean: palabras, valoraciones, gestos o ademanes, en cuanto lo exterior; pero también pensamientos, deseos y hasta sentimientos. Si somos cristianos debemos asimilar los propios sentimientos de Cristo, como nos pide el Apóstol. (Flp 2, 5)

San Luis trataba con benevolencia y ternura tanto a quienes le recibían con afecto como a sus mayores detractores; él mismo se tenía por el más grande pecador y era capaz de pedir perdón a aquéllos que le ofendían de la forma más injusta e ignominiosa, mostrando la más sorprendente humildad. De temperamento, como dicen sus biógrafos, colérico, fue progresando hacia una mansedumbre admirable. Que a nosotros, queridos hermanos, no se nos puedan aplicar las palabras de Dostoyevsky: “No tenéis ternura; sólo tenéis justicia..., por eso sois injustos”.

Con Pablo VI podemos orar: “Consérvanos, Señor, la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar con lágrimas. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas. Y ojalá que el mundo actual pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados sino a través de servidores del Evangelio, que han recibido en sí mismos la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”.

No puedo jamás figurarme a San Luis triste ni desalentado sino como evangelizador infatigable que muere en la brecha, que se consumió totalmente por la salvación de las almas, que vivió para evangelizar; esa fue su misión y en ella tuvo siempre su gozo. Su predicación estuvo impregnada de tal ternura hablando del amor de Jesucristo Sabiduría, que movía a la confianza, compunción y acercamiento a Dios. Estuvo siempre en fiel comunión con la Iglesia; experimentó e hizo suyo que “evangelizar es la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”. (E.N. 14). El próximo otoño se van a cumplir trescientos años, según la tradición, en que San Luis María de Montfort escribió el “Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen”.

Este es el título que le ha dado la posteridad, pues parece ser que la primera parte de su célebre escrito desapareció y de la segunda se perdió algo del final; sin embargo no ha afectado al mensaje esencial de la obra. En el número 227 del Tratado leemos: “ *...como he dicho en la primera parte de esta Preparación al reinado de Jesucristo*”, que **acaso fuera el título que el autor le había dado ...**